



Aproximaciones literarias

A black and white portrait of a man with long, wavy hair and a goatee, wearing a dark jacket over a white shirt and a dark tie. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a textured wall.

Los inframundos musicales de

Alejandro Cortés González

A propósito de su novela corta *Notas de inframundo*, ganadora del premio del año 2009 convocado por la Universidad Central

Fernando Baena Vejarano *

Lo que me muestra el texto

Subculturas urbanas. Bogotá. El protagonista narra en primera persona. Intenta hacerse paso como músico de *death metal* en una Colombia demasiado pacata para su gusto, que escandaliza la paz municipal de Chía para mayor rareza. Por lo menos ya es famoso en facebook para sus detractoras anónimas, quienes lo acusan de ser un mal polvo en un grupo que se llama “yo también odio a Leo Rodríguez”. En realidad, solo quiere no pertenecer a la manada, no entrar a las 8 a. m. a la oficina y salir a las 6 p. m. a descargar el tedio en unas cervezas y unos partidos de fútbol. No quiere una mujer que lo acose con mimos y controles obsesivos disfrazados de frases cursis, ni sabe que ama a la que menos piensa, pero piensa que no la ama porque ha acordado con ella simplemente tener encuentros furtivos en salones vacíos de la universidad. Es cínico con todas, pero no sabe cuál de ellas es el fantasma que firma “Martina” en ese nuevo muro de grafitis anónimos que son las redes sociales en internet. Las va descartando una por una en una intriga de relatos escuetos. El personaje se muestra crudo como sus canciones favoritas, como su música preferida. Risa de ver su retrato tan fiel al del prototipo que refleja, tan urbano. Sorpresa. ¿Así hablan y piensan los de la siguiente generación, la siguiente a la mía? Espanto. ¿Cómo pueden vivir sin que por un instante se les ocurra querer cambiar el mundo?

Lo que piensa el personaje / lo que me hace pensar

La vida es un riesgo que se corre y en el que no hemos venido a ganar ni a perder, sino sobre todo a ser valientes. No hay futuro, no hay utopía, no hay ilusión. Hay protesta, pero no para pedir un mundo mejor, sino por el puro placer del grito. Usted haga la voz gutural, pero que el grupo tenga acento a raíces americanas y zampoña. Usted, la guitarra, y usted, los teclados, que ya para eso

* Fernando Baena Vejarano. Filósofo y psicoterapeuta Colombiano, dedicado a la enseñanza de técnicas orientales de meditación. Ha escrito obras de teatro, cuentos, conferencias de crítica literaria, dos tesis filosóficas y una novela urbana. Periodista y articulista de revistas universitarias y periódicos. Fue miembro del Taller de Escritores de la Universidad Central y participante activo de la Fundación Alejo Carpentier. Publicó *El retorno a lo Sagrado*, en 1999 (ensayos sobre ciencia y espiritualidad), y *Esta isla de ecos azules*, en el 2011 (novela ecológica).

tiene experiencia como corista de iglesia. Yo, el hijo del panadero, seré el bajo. Para que la vida del grupo “bajo tierra” se justifique, que haya pelea callejera con la misma frecuencia que grabación de demos, asistencia a sesiones de tatuaje y borrachera con ron. Uno inventa un noviazgo para poderse acostar. El mundo nos espera quién sabe dónde, porque las relaciones son tan líquidas que ya no existen sin hacer un clic en “agregar a mis amigos” con la misma facilidad que desaparecen en “eliminar”, sin necesidad de cartas de despedida ni reuniones para suavizar las cosas. La valentía es cinismo, las personas se intercambian como objetos sexuales, el desafío generacional del adolescente ya no es la crítica del mundo adulto y la ideología revolucionaria, hippie, izquierdosa, mamerta; sino el gesto descarnado con el índice y el anular encorvados, el dedo medio erguido, apuntando hacia la autoridad. Lo dice la chaqueta de cuero, la mecha *punk*, las visitas al septimazo del centro comercial Terraza Pasteur para intercambiar monosílabos y algunos billetes con los expendedores de droga. Lo que hay es ira. La rebeldía del que no quiere adaptarse a un mundo adulto que presiente vacío, lleno de centros comerciales y empleaditos mediocres que hacen sumisos el mercado del domingo, junto a sus esposas, y luego reemplazan el sentimiento de aventura que sus vidas no les dan mediante películas de acción. Por lo menos este hijo del panadero de Chía se volvió rockero. No “madurará”, pero tampoco se sentirá un burgués promedio destinado a morir como una estadística más de los jardines de paz.

Lo que pienso de este texto como novela corta

Que no es un cuento, porque se explaya y no anhela la brevedad impactante de una historia centrada en una sola imagen. Que

no es una novela larga porque no tiene vericuetos: va de un punto al siguiente sin rodear: del descarte de una de las amantes como sospechosa de escribir los insultos en facebook, al descarte de la siguiente, sosteniendo la intriga para manejar el interés del lector. Que el escritor sabe su oficio. Se merece el premio del Concurso Nacional de Novela Corta de la Universidad Central 2009. O investigó bien el léxico y el mundo de la música urbana, o ha estado inmerso en ese inframundo y ambas cosas. Es un buen material etnográfico: refleja el psiquismo de un individuo así en una sociedad así, la Colombia ya agotada de anonimato en una Bogotá impersonal, más violenta todavía con la solitariedad que facilitan las redes virtuales y sus falsos contactos interpersonales. Que es ingenioso hacer diálogos incluidos en la narración en primera persona, intercalando simplemente con comillas las frases de los interlocutores. Agiliza el texto. Tiene un lenguaje sin erudición. Las frases breves de la novela sirven hasta para reflejar lo telegráfico del chat. No necesita ser vulgar para mostrar que el personaje es osco, egoísta, aguerrido, incapaz de experimentar intimidad con una mujer, machista, gomoso de sus instrumentos musicales y su proyecto, buen amigo, acomplejado por un padre esmeraldero que nunca le dio afecto.

Lo que puedo opinar de esta temática literaria

Me cuestiona una novela corta más, que da otro punto de vista para armar el rompecabezas de este país, mediante otra novela urbana. Me pregunto si mi tarea poética es poner mi voz al servicio de la fotografía literaria de los bajos fondos, o más bien explorar horizontes, inventar alternativas. Me preocupa, como escritor, decidir si retratar el universo social caótico en el que vivo o proponer uno

nuevo. Lo uno no es posible sin lo otro, claro. No se puede proponer un mundo urbano más significativo para sus individuos sin delatar el nihilismo criollo de manera tan fiel como lo hace Alejandro Cortés González. Y las utopías son simplemente el reverso de los males contemporáneos. El realismo en literatura es un hecho y la literatura de moraleja es un peligro estético. Hasta ahí estamos de acuerdo. Pero, por otra parte, veo los ataques de las librerías llenos de realismo violento-fílico. Igual que en la televisión se ven asesinatos cada minuto en promedio con solo darle la vuelta al abanico que nos vende el TVCable; la industria editorial ofrece violencia, sexo y relatos de poder deleitándose en la figura de Pablo Escobar, presentándonos la amante del último capo de moda, titulado un nuevo *best seller* con las siliconas de las amantes prepago de los duros de Cali. Y es comprensible, necesario, periodísticamente indispensable reflejar el país que nos acosa. Está bien. ¿Pero dire-

mos por eso que la literatura ha de parecerse solo al periodismo novelado? Los editores lo prefieren, y los jurados se mueven en ese medio a sus anchas. Sin embargo ¿es *Cien Años de Soledad* solamente un reflejo de la república bananera? ¿No nos puso también a soñar, a percibir nuestro provincialismo con una dosis de humor y autoestima que nos



Es cínico con todas, pero no sabe cuál de ellas es el fantasma que firma “Martina” en ese nuevo muro de grafitis anónimos que son las redes sociales en internet.

estaba haciendo falta? ¿No se logró eso poniendo a levitar a un cura solo por tomar chocolate y haciendo ascender a Remedios La Bella a los cielos, envuelta entre las sábanas que estaban tendidas en el patio? Borges nos fascinó con los arrabales de Buenos Aires, pero también nos hizo sentir que la Biblioteca de Babel era un lugar tan real como las pirámides de Egipto. Tal vez estemos presenciando una especie de dogmatismo literario que no fomenta sino el retrato escueto de los seres y las cosas, que solo se siente orgulloso de existencialismos y nihilismos a veces importados de Bukowski, de Kafka, de Camus. Las generaciones jóvenes de lectores reciben ese mensaje, lo compran. La novela negra se multiplica —claro está, *Notas de inframundo* no pertenece al género, aunque esté emparentada—. Tal vez se inculca de modo subrepticio que no eres artista, si no estás inmerso de tu propia angustia, que solo se vive la estética, si se vive en la tragedia, que solo si ves de este modo la vida eres inteligente, que las influencias de los poetas malditos son más heroicos que las diversiones metafísicas de Cortázar o los giros sorprendentes de León de Greiff. Y tal vez no sea necesariamente así. Importamos todavía un modelo foráneo ¿no será hora ya de inventar una novela de otros colores, blanca, azul, amarilla, verde? ■